

CUARTO DIA.

ENCUENTRO

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN CON SU HIJO JESUS

EN LA CALLE DE LA AMARGURA.

*Super me confirmatus est
furore tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

UN nuevo acontecimiento, señores, preocupa hoy á la populosa Jerusalem. Sus calles y plazas cubiertas de tumultuosos grupos... el desorden, la confusion, la más espantosa agitacion cunde hoy por todas partes... ¿Qué es esto, ciudad de los profetas? ¿Celebras, por ventura, el triunfo de algun guerrero de Judá, la venida de algun hombre de Dios, que ha sido de nuevo enviado, ó repites acaso la escena de gloria que presentabas hace pocos dias en la entrada triunfante del Mesías?... Pero ¡ay, señores, cuán

:

diferente objeto congrega hoy á esa ciudad inconstante é ingrata!... ¡La pérfida Jerusalen, manchada con la sangre de todos los profetas, va á consumir en este dia el más horrendo deicidio! ¡El furor se ha marcado en la frente de sus inhumanos habitantes... sus ojos respiran crueldad y exterminio... sus manos anhelan lavarse ya en la sangre del Justo! Ese pueblo obcecado, lleno de iniquidad, ha pedido en su furor la muerte del Mesías, de aquel mismo que el mundo habia esperado con ansias más de cuatro mil años, de aquel mismo que dió vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos, y los colmó, en fin, de un sinnúmero de bienes. Ved ya la espantosa procesion que atraviesa sus calles y plazas, el más horrible espectáculo que vió jamás el mundo.

En efecto; despues que fueron cumplidos los momentos prefijados en los consejos eternos, Jesucristo se despide de su tierna Madre para entregarse en las manos de sus enemigos, y despues de los mayores insultos, azotado, coronado de punzantes espinas, le han condenado á una muerte infame. Entonces los malvados y salteadores eran condenados á la muerte de cruz, y á esta misma lo fué nuestro Redentor amabilísimo. Para ello prepáranse los sangrientos ministros, se reúnen los instrumentos del martirio, fórmanse en horrorosa procesion, y poniendo sobre los hombros del Salvador una pesada Cruz, y rodeándolo de dos malhechores, condenados

al mismo suplicio, marchan todos en el mayor regocijo, tumulto y algazara por las calles de Jerusalen.

Mas hé aquí que la afligida María, inquieta y asustada por la suerte de su querido Jesus, corre tras el bullicio de la multitud, y se fija en la calle de la Amargura. De repente se le presenta aquella triste escena... sus ojos inquietos buscan al amado de sus entrañas... y le vé en el estado que le han puesto sus enemigos; hé aquí el objeto de nuestra meditacion en este dia cuarto.

En los dias precedentes, mis amados, hemos hecho uso de la historia, de la autoridad, de la razon, y aun de los recursos de la imaginacion, que son permitidos á un orador cristiano; mas de hoy en adelante, todo es ya inútil, si no perjudicial. Es tanta la grandeza y el interés santo que ofrecen los acontecimientos que van á ofrecerse sucesivamente á nuestra consideracion, que todo esfuerzo humano no podrá otra cosa que debilitarlos. Por tanto, yo apelo sólo á vuestra sensibilidad y á vuestras convicciones religiosas. Y siguiendo casi á la letra la sagrada historia, os haré ver el dolor de la afligida María cuando encuentra á su querido Jesus en la calle de la Amargura, oprimido, caido bajo el peso de la Cruz. Porque allí, como Madre la más tierna, vé los tormentos y afliccion amarga de su amado, y como co-redentora, vé en el sarcasmo é insultos de los judíos, marcada la impiedad de nuestro siglo.—
AVE MARÍA.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuus induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

Decia, señores, que jamás podrá presentarse un cuadro tan triste y funesto como el que nos ofrece la solemnidad de este día. La ciencia de la carne, la vana filosofía del mundo, se fatiga y consume sus débiles fuerzas cuando quiere describir un acontecimiento de aquellos que suelen presentar con horror alguna vez los siglos. Ella invoca hasta los seres insensibles, llama las sombras del averno, y pone en movimiento á la naturaleza entera; hé aquí los esfuerzos de la imaginacion distantes hasta el infinito del lenguaje de la religion. ¡Religion santa, sí, cuán dulces y sublimes son tus palabras; con un rasgo de tu elocuencia encantadora, confundes y abismas el entendimiento miserable del hombre! María sale al encuentro de su querido Jesus, cuando cargado con una Cruz camina al lugar del sacrificio; este es el misterio de este día, el cuadro más triste y funesto que podrá presentar jamás, á pesar de sus esfuerzos, la vana filosofía del mundo. Estadme atentos, mientras os hago de él la narracion sencilla.

La ambicion, la sed de honores y de gloria ven-

ció al fin al presidente Pilato, y á pesar de los estímulos de su conciencia, condena á Jesus á una muerte afrentosa. Los judíos, sedientos de sangre, é instados por sus sacerdotes, no quedan satisfechos con haberle azotado y coronado de espinas; quieren verlo morir en una Cruz de ignominia. Para ello se buscan y preparan los más horribles instrumentos; la ciudad toda se conmueve... aquella ciudad favorecida del Señor, la hija querida del Altísimo, adornada con todas las galas de la más distinguida predileccion, la ingrata Jerusalem toda se conmueve y convoca al sonido de roncás trompetas á las clases ínfimas del pueblo. Vedla que sale en masa del pretorio de Pilato; una numerosa chusma camina al frente, conduciendo en sus manos algun objeto de horror para el sacrificio... tenazas, martillos, cuerdas, escalas, hiel, vinagre y un sinnúmero de otros aun más horribles. El Salvador camina en pos de ellos, atados su cuello y manos santísimas, vestido con su manchada túnica, acompañado de dos ladrones, sosteniendo sobre sus hombros una pesada Cruz, cubierto de sangre de piés á cabeza, y conservando apenas la figura de hombre, segun el vaticinio de un profeta. Otra numerosa turba sigue junto á Jesus; unos le insultan con palabras impías; otros le cubren de saliva y de lodo; otros tiran con ímpetu sus ligaduras hasta hacerlo caer oprimido bajo el peso de la Cruz, y todos le silban, y le gritan con sed insaciable de venganza, segun el vaticinio

de Jeremías: «¡venid, este es el día que esperábamos; venid, vamos á devorarlo!»

Entretanto la afligida María que, según el P. San Buenaventura, no había abandonado á su querido Jesús, siguiéndole en todos los pasos de aquella noche horrible, corre tras el bullicio de la multitud, confundida entre las tumultuosas oleadas de aquellos malvados, corta por medio de todos ellos, y se coloca en la calle de la Amargura; sus ojos vacilantes buscan al amado de sus entrañas, al tiempo mismo que el Salvador levanta su vista hácia su querida Madre, y se encuentran sus miradas... el Salvador baja conmovido sus ojos, y la Santísima Virgen queda inmóvil y como muerta, dice el P. San Bernardo... ¡Espíritus celestiales, venid y sostened á vuestra Reina! ¡Los cielos tiemblan á vista de este espectáculo... los ángeles santos cubren asombrados su rostro, y la naturaleza toda parece que contempla suspensa la escena de la calle de la Amargura! ¡Misterio grande, que jamás podrá dignamente explicarse!... ¡Un Dios-Hombre agobiado bajo el peso de una Cruz, y junto á esa misma Cruz que estrecha contra su pecho, la infernal region tiembla y se enfurece! ¡Y todo este espacioso universo, y la máquina de la tierra, y la inmensidad de los cielos, inclinados por su peso enorme, se representan y sostienen sobre los desnudos hombros de Jesús!

Vosotros, los que sabéis lo que es el amor materno, los que os preciais de poseer una alma grande y

sensible, venid á la calle de la Amargura. Acercaos á ese tiernísimo espectáculo; ¿es Jesús el que se ofrece á vuestra vista?... ¿Le conocéis?... Pues de este instante hablaba el profeta cuando dijo: «no le ha quedado vestigio de su hermosura divina, le hemos visto, y no conociéndole, hemos preguntado dónde estaba.» Acercaos á la calle de la Amargura, y oid á la desconsolada María cómo, al volver en sí, exclama llena de dolor: «Yo buscaba á mi querido Jesús, y he hallado un hombre de dolores agobiado bajo el peso de la infamia y herido de la mano de Dios. ¡Oh Dios mio! ¡Oh Padre mio! ¿Es este vuestro unigénito Hijo? ¿Es este el que se asienta sobre los tronos y sobre los querubines? Pues hélo aquí maldecido de los impíos, desfigurado y cubierto de sangre. Hijas de Jerusalén, venid y ved á vuestro Rey con la diadema que le han coronado vuestros padres y vuestros sacerdotes. Ved ahí al inocente Isaac cargado con la leña para su sacrificio; al justo y previsor Noé que lleva sobre sus hombros el arca santa donde ha de salvarse el mundo náufrago. ¡Hijo mio muy amado; camina hácia el lugar del sacrificio, como el cordero de paz que ha de reconciliar al hombre ingrato con su Dios! ¡Camina hácia el monte santo, mansísimo capitán y legislador nuestro, y cual otro Moisés, levanta tu vara prodigiosa y separa las aguas del mar Rojo, para que tu pueblo amado llegue á la tierra prometida! ¡Camina, Príncipe de paz, hijo primogénito de David, y ostenta el